

George V. Higgins

La rata en llamas

Traducción de Magdalena Palmer

Primera edición, 2013

Título original: *The Rat on Fire*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 1981 by George V. Higgins

© de la traducción, Magdalena Palmer Molera, 2013

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-51-3

Depósito legal: B. 19.745-2013

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

—No me vengas con hostias —dijo Terry Mooney. Era un hombre pequeño de pelambrera roja, gafas de montura metálica con cristales rosados y un vestuario compuesto por ternos príncipe de Gales.

Cómo odio a ese cabrón, pensó John Roscommon después de la reunión. Roscommon había dicho muchas veces lo mismo en voz alta, cuando lo acompañaban otros policías estatales.

—Ese cabrón —decía Roscommon—. Ahí lo tienes, treinta años y más pelo que un puto búfalo pero menos seso, se sacó el título de Derecho en alguna mierda de facultad chapucera y se cree que por eso puede dar órdenes a todo dios. Eso cree, el muy capullo.

»Ese tío —dijo Roscommon a Mickey, Don y a todo poli que estuviera en la oficina del fiscal general—, ese tío fue designado directamente por dios para acabar con todos los problemas de la sufrida humanidad. Y aquí estoy yo, que siendo apenas un crío con pelusa en la cara crucé medio mundo para vérmelas con los japoneses y sus ametralladoras Nabu con las que pensaban volarme el culo antes de que aparcáramos a Douglas

MacArthur sano y salvo en su casa de Tokio, pero se quedaron con las ganas. Salí a la maldita jungla con la cabeza gacha como si fuera el puto Wyatt Earp y ningún japo de mierda me voló el culo y, entretanto, yo les volé el suyo a unos cuantos.

»Sobreviví a eso —siguió Roscommon—. No comeré ternera teriyaki ni iré a un restaurante japonés de pega en que la idea del chef de pasar un buen rato es gritar «banzai» con el cuchillo en alto en cuanto alguien le pone un cacho de carne delante. Salí de una pieza de mis aventuras con los japos y eso me parece fabuloso, después de ver lo que les pasaba a otros tipos a los que conocí brevemente allí.

»Sobreviví a eso. Sobreviví a varios intrascendentes conflictos laborales entre algunos caballeros de este lado del Pacífico y el alcaide y los guardias de varios presidios que mantenemos para el cuidado y la manutención de tipos que ponen nervioso a todo el mundo cuando están en la calle. Una noche algunos de mis antiguos colegas policías tuvieron que salir a entregarle un papequito a un tipo que se había pirado de la cárcel sin avisar y me pidieron que los acompañara, porque se rumoreaba que el tío tenía todas las armas fabricadas por Colt a lo largo de su historia y además un par de Remingtons que llevarse al hombro para tener algo más de alcance. Y vaya si las tenía, no veáis cómo las usaba, y también salí de una pieza de allí.

»Nunca he tenido úlcera. He cumplido los cincuenta y ocho y no es porque yo lo diga, pero estoy en plena forma y tengo una puta salud de hierro. Pero si alguna vez pillo una úlcera, si alguna vez me tumba una apoplejía de mierda, será por culpa de Terry Mooney.

Roscommon se levantó de la silla de madera y echó a andar por la sala de reuniones. La congestión de la cara le subía desde el cuello de la camisa hasta las raíces de las canas. Mickey Sweeney y Donald Carbone, cabos de la policía estatal de Massachusetts, miraron al suelo y reprimieron cualquier gesto de burla que pudiera atraer la atención del teniente inspector John Roscommon.

—Conque qué le vamos a hacer, joder —dijo Roscommon—. Ese comemierda tiene un título de Derecho y, por alguna razón que se le escapa a mi afilada mente, el fiscal general de Massachusetts lo ha considerado apto para que ejerza de fiscal. Algunas veces me pregunto a qué juega ese tío, qué le ha dado para colocar a un niño gilipollas al frente de algo mucho más gordo que un choque frontal entre dos patinetes. Pero lo ha hecho y tenemos que pringar, porque somos unos putos desgraciados.

—¿Qué quiere? —preguntó Mickey.

—Quiere que lo reelijan, claro —dijo Roscommon—. Le queda otro año antes de volver a presentarse, por eso chupa de toda teta mayoritaria o minoritaria que pueda pillar y se va a encargar del trabajo de todos los fiscales del distrito de aquí a Albany hasta que lo reelijan. Luego se relajará, con suerte todos nos calmaremos y hasta puede que nos deje trabajar un poco.

»Entretanto tiene que atender a un montón de gente que no para de darle la vara y meterle bronca por todo lo que no le gusta. Algunos se quejan de las petroleras y de cómo nos tienen cogidos por los cojones y otras se quejan porque son tías, sus jefes las acosan y nadie les da abortos gratis cuando sus jefes se han salido con la suya. Tiene a tipos que quieren que demande a los Red

Sox porque los asientos de las gradas descubiertas son demasiado caros y tipos que no aprueban que los perros caguen en Beacon Hill. Tiene mujeres que se pasan el día ante el parlamento para gritarle que no quieren energía nuclear y gente que se lleva a los críos y le chilla que quieren un subsidio anual de cuarenta de los grandes y que demande a quien sea para que se los den. Os lo juro, tiene las luces del porche apagadas para que nadie sepa que está en casa. No sé cómo coño lo aguanta.

»Ahora bien, resulta que un día en que se ve más desbordado de lo habitual y además tiene a toda esa gente gritándole va y contrata al niñato Mooney de mierda. Tiene que estar loco para hacer algo así. ¿Sabéis qué cree Terry Mooney? Terry Mooney cree que los polis somos demasiado blandos con la delincuencia. Terry Mooney cree que hasta que Terry Mooney apareció para convertirse en maldito fiscal todos los criminales se iban de rositas. Terry Mooney acabará con eso y también hará que el fiscal general crea que si hizo algo bien durante su mandato, fue contratar a Terry Mooney. Terry Mooney cree que cuando el fiscal general vuelva a presentarse se pasará el día en Belchertown y Clinton diciendo a todos que el crimen está controlado gracias a que lo han elegido a él y gracias a que él ha contratado a Terry Mooney. El fiscal general no lo piensa, pero Terry Mooney sí y eso basta para que me salgan almorranas. Os lo juro.

Sweeney se echó a reír.

—Cállate —dijo Roscommon—. ¿Te parece gracioso, listillo? Escúchame bien, porque no te reirás cuando haya terminado.

»Mooney sabe leer —siguió Roscommon—. Cuesta crearlo, pero sabe leer. Sería lógico que alguien tan leído tuviese cierto criterio, pero no es así y no hay nada que hacer.

»Lo que ha hecho ese pringado es convencer a los periódicos para que le traigan ejemplares todas las mañanas, también ve la tele todas las noches y al parecer presta bastante atención a lo que se dice. Conque va a ver al fiscal general y le suelta: “Hay gente que quema edificios en Boston”.

—No jodas —dijo Sweeney.

—«Y además lo hacen por dinero», añade Mooney —dijo Roscommon.

—Santo cielo bendito —dijo Sweeney.

—Virgen santísima —dijo Carbone.

—¿Quién iba a imaginar algo así? Ya os lo decía, ese crío es más listo que el hambre, no hay quien se la pegue —dijo Roscommon—. «Vale, hay que hacer esto», le dice el genio de Mooney al fiscal general. «Tiene que crear un equipo especial que solo se dedique a patrullar y atrapar a los tíos que juegan con cerillas. Y debe ponerme al frente de esa unidad y darme todos los polis del mundo que no estén protegiendo al presidente o al papa; al carajo con esas tonterías de atrapar a los que saquean bancos, y luego usted anunciará que va a defender los derechos de los pobres que viven en los edificios incendiados y todo cristo lo adorará. ¿Qué le parece?» Y el fiscal general dice: «Mooney, eres todo un señor, un sabio, un buen amigo y un leal caballero de la mesa redonda y algún día, si todo sale bien y me reeligen, te nombraré sir Terrence. Ahora vete a darle por culo a Roscommon».

»Y eso es lo que hizo. Y ahora yo os doy por culo a vosotros.

—Oh —dijo Sweeney.

—Sí, ¿a que no tiene ninguna gracia? —se burló Roscommon—. Ja, ja. Ahora os ponéis serios y empezáis a buscar la pomada de las almorranas, pero tengo malas noticias: agotada. Os dedicaréis a cazar pirómanos para que la gente duerma tranquila y el fiscal general pueda decirle al mundo que él y Terry Mooney han acabado con la terrible amenaza de esos provocadores de incendios que además cometen otras muchas fechorías.

—Bien. —dijo Carbone antes de levantarse—. ¿Cuánto tiempo tenemos? Lo digo porque estaría bien haber terminado con este asunto mañana a la hora de comer, pero quizá la cosa se alargue hasta las tres y media.

—Siéntate —dijo Roscommon.

—John, para esa mierda tenemos inspectores de incendios.

—Eso es cierto. Y si conocéis a algún inspector de incendios... ¿Conocéis a alguno?

—Uno o dos —dijo Carbone.

—Uno o dos —dijo Roscommon—. Bien, cabo, y si meditas sobre lo que sabes de esos uno o dos inspectores de incendios que conoces, ¿crees que quizá haya una explicación de por qué nos endosan esta mierda?

—Sí —dijo Carbone.

—Claro, eres tan listo como Mooney. A ti tampoco se te puede engañar. Pero seguro que pueden engañar a los inspectores de incendios y claro que lo hacen. Los engañan continuamente. Los inspectores de incendios son inspectores de incendios porque no sabrían salir de una cabina telefónica aunque tuvieran un mapa, una guía y

uno de esos perrazos con arnés, y una noche algún supervisor los vio y se dijo: «Este tío es tan tonto que no podría caerse de un árbol y aterrizar en el suelo, creo que lo sacaré del cuartel antes de que intente cepillarse los dientes con el revólver y le vuele la cabeza a alguien».

—Joder, John, yo no sé nada de incendios. Don no sabe nada de incendios —dijo Sweeney—. Coño, ni siquiera estoy seguro de que Don sepa ponerse los pantalones y, si sabe, es porque yo le he enseñado.

—Claro, tú eres el tío que me dijo que me los metiera por la cabeza —dijo Carbone.

—No investigaréis incendios —anunció Roscommon.

—Oye, perdona, pero tenía la clara impresión de que llevo aquí sentado tres semanas escuchándote gritar sobre el niñato de Mooney, los incendios, el fiscal general y un montón de chorradas, ¿y ahora resulta que no lo he entendido bien? —dijo Sweeney.

—No investigaréis incendios —dijo Roscommon—. Ahora escuchad: Terry Mooney no sabe nada de esto como tampoco de muchas otras cosas y yo nunca le cuento nada porque en cuanto averigua algo le parece estupendo correr por toda la ciudad fardando de ese gran asunto del que acaba de enterarse y que todo el mundo sabe desde hace años, pero nadie podía probar. No investigaréis incendios sino a los inspectores de incendios y a los pirómanos que actúan por dinero y luego dan una parte de ese dinero a los inspectores para que no se pongan demasiado quisquillosos cuando van a echar un vistazo a un edificio chamuscado. Eso significa que investigaréis a Billy Malatesta, inspector de incendios, y a una escoria despreciable llamada Proctor que encerré una vez y volveré a encerrar en cuanto tenga

una ocasión medianamente decente, y eso me quitará de encima a Mooney y al fiscal general. ¿Qué sabéis de camiones?